

mutuo cariño y felicidad común. Al fin hallaron la tan anhelada fórmula de condominio: Dora se hace la ilusión de que manda en la casa y mi madre de que manda en Dora.

—¿Y tú?

—A mi me mandan las dos; pero en dirección única.

—Bien,—dije, sin mucha fe, mientras me levantaba,—intentaré aplicar tu fórmula.

—Procura que no te descubran el truco, porque entonces estas perdido.

—Descuida.

—¡Ah! Y no te olvides de las gotas de tila.

—¡Desde luego! Las mujeres tienen los nervios muy sueltos.

—No, hombre, no; si la tila es para ti, para cuando ya estés loco y a punto de tirar por la calle de en medio.

* * *

Algún tiempo después la ocasión volvió a brindarnos uno de sus hermosos y raros pelos, por el que hubimos de asirla para reanudar nuestra conversación sobre el tema familiar.

—¿Qué tal esa droga, cuya fórmula te di? ¿Te dió resultado?—me preguntó Esteban.

—Aquella misma noche comencé a ponerla en práctica. Estaba maravillado de los progresos que hacía. Llegó un momento en el que creí que todo se había resuelto satisfactoriamente. Y de pronto... ¡Plaf! Todo se vino abajo con un estrépito espantoso.

—Las recaídas son terribles.

—Al principio creí que se trataba de una recaída. Volví a iniciar la medicación, intensifiqué las dosis... Pero se volvió a repetir el fenómeno. Creo que debe existir algún error en la fórmula, aparte del de la tila, cuya dosis dijiste era unas gotas y yo he tenido que tomarla a tragos.

—Busquemos el origen del mal para poder atacarlo. Cuéntame lo sucedido.

—Verás. Lo que juzgué curación total se produjo en una comida de mediodía. Lucía y mi madre estuvieron tan cariñosas que yo llegué a emocionarme y te dediqué un agradecido recuerdo. Después de comer salió Lucía a casa de su madre...

—Y a la noche,—me interrumpió Esteban,—fué Troya. Amigo mío, lo siento, pero estás perdido. Esa variante del mal no tiene remedio. Ha tomado cartas en el asunto tu suegra y sus inyecciones invalidarán toda medicación.

—¿Entonces?

—Si quieres vivir en paz y tranquilidad con tu mujer, lía los bártulos y vete a vivir a una isla de la Malasia o la Polinesia. A los antípodas, Antonio. ¡Fuera del alcance de las consuegras!

Y ahora si que me indignó el que fuera un mito lo del secreto de Esteban y de su droga infernal.

ANDRÉS CALDERON RODRIGUEZ

Salamanca



Salamanca, vetusta y antañona.

Relicario de amor y de cultura.

Tu laborar constante, te procura

la hermandad de Minerva y de Pomona,

Tu saber y tu historia, se pregona

en libros sabios y en tu piedra dura.

Tu prestigio mundial, vive y perdura

victoriosa rival de la Sorbona.

Cuando entre «castas soledades hondas»

o de tus castañares, en las frondas

el sabio piensa y labra el rabadán,

ambos «huyendo el mundanal ruido»

glosan, del brazo, Cátedra y Ejido

las rimas de Fray Luis y de Galán.

FRANCISCO BELMONTE